

LA ASCENSION - C

Evangelio de la Misa: Lc 24,46-53

La alegría del cristiano

Llegó, por fin, el momento de la despedida: Jesús sube al cielo ante la mirada atónita y asombrada de los apóstoles. Aunque ellos estaban convenientemente advertidos de esto, pero, como se suele decir normalmente, les parecía que eso no sucedería nunca.

Jesucristo les reúne y les amonesta de esta manera: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de esto. Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto".

Señor, que has subido a los cielos ante la mirada atónita y asombrada de tus apóstoles. Ahí quiero estar yo también, y escuchar tus palabras de despedida y acoger tus propuestas para formar parte el grupo de los testigos del acontecimiento y del envío evangelizador.

¡Qué buenos testigos fueron, Señor, tus apóstoles por todo el mundo! Gracias a ellos te conocemos, y podemos vivir y gozar de tu mensaje salvador. El testimonio de su vida, su predicación y su muerte, sigue siendo faro luminoso para la humanidad, y cimiento fuerte y seguro de tu Verdad, la única que libera, la que muestra el verdadero camino, la única que redime del pecado, y la única que salva con la oferta de la filiación divina.

Ayúdame, Señor, a valorar ese cimiento de la apostolicidad en la Iglesia: su doctrina, su testimonio personal, su conexión contigo que hace posible la continuidad de tu sacerdocio a lo largo de los siglos en los sacerdotes, tus ministros y nuestros servidores.

También te pido especialmente por ellos, para que lo vivan y lo sientan gozosamente; y desde esa grandeza divina, que portan sobre sus hombros, sean Pastores buenos, humildes y generosos, entregados y santos.

Me satisface, Señor, ver a tus apóstoles, que, según el relato evangélico, después de verte subir a los cielos, mientras bendecías a todos los presentes,

"ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría;

y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios".

Yo también deseo vivir esa alegría, y testimoniarla a mi alrededor, y en todos los ambientes donde me sea posible.

Pues, además de que la alegría tiene que ser natural y habitual en el verdadero cristiano, el mundo y la sociedad en general está muy necesitada actualmente del optimismo,

de la alegría, de la ilusión por vivir y convivir en paz.

¡Qué importante e inexcusable deber tenemos los cristianos;

Y cuánto bien podemos hacer a nuestros hermanos con la alegría!

Ayúdanos, Señor, a entenderlo y a vivirlo así.

Padre Segismundo Fernandez Rodríguez

